

Pablo González Casanova

Aritmética contrarrevolucionaria



Controversia

Cuadernos universitarios
de discusión ideológica

8

Pablo González Casanova

**Aritmética
contrarrevolucionaria**

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE PUEBLA

Departamento de Publicaciones

Puebla, México, 1976

Serie Controversia No. 8

El presente trabajo fue publicado originalmente en *La Cultura en México*, suplemento de *Siempre!* No. 340, 21 de agosto de 1968, p. II-IV.

Edición al cuidado de Lorenzo Terán Olguín.

Primera edición, 1976.

© Universidad Autónoma de Puebla
Calle 4, Sur No. 104
Puebla, Pue., Méx.
Impreso y hecho en México.

El análisis de la contrarrevolución, de su cultura política y de las condiciones sociales en que opera, es imprescindible para comprender mucho de lo que pasa hoy en América Latina y el mundo entero. Las técnicas sociales han evolucionado hasta adquirir un grado considerable de precisión, no solamente entre los grupos y partidos revolucionarios, sino entre los partidos del *status quo*, de la reacción y la contrarrevolución. Lo que es más, las técnicas contrarrevolucionarias han sido objeto de estudios para-experimentales, empíricos y matemáticos y han alcanzado, en lo que va de esta década, una serie de "verdades elementales" sobre las que no tienen la menor duda sus autores y que están aplicadas normalmente, bajo pautas históricas y sociales muy parecidas. Que a la postre todo este rigor vaya a ser arrastrado por el propio proceso histórico, por la crisis misma de los sistemas de represión y explotación, no impide el que tenga una eficacia provisional que puede prolongar el poder de los grupos políticos y mi-

litares que las utilizan, y las ocultan. Por ello el conocimiento de estas técnicas y pautas debe ser difundido entre todos aquellos que en una forma u otra tienen una conciencia y actuación en la vida política de sus pueblos, y particularmente entre quienes tienen un sentido humanista, democrático o liberal, progresista o revolucionario, esto es, a los que unifica la lucha contra las dictaduras o el neofascismo.

Entre estas técnicas querríamos codificar sobre todo las que se refieren a la generación de un golpe de Estado, procurando ubicarlas en el contexto social, cultural y económico en que se aplican, y que les permite mayor posibilidad de éxito. Al efecto parece necesario escapar hasta un máximo posible de los lenguajes estereotipados y polémicos para que destaquen sólo los principios más elementales, la pura aritmética de una técnica y un proceso contrarrevolucionarios cada vez más sencillos y claros.

Las técnicas y los agentes

En primer término es conveniente precisar las técnicas y los agentes con los que se opera. Se trata del proceso al nivel más aparente, en que juegan técnicas y elementos que ocultan el fondo del problema, en que se trabaja en un plan de ocultamiento y manipulación, que principia por atacar a los núcleos revolucionarios o progresistas existentes, en su propio seno, entre sus propios simpatizantes para ir ampliando

su desprestigio —con palabras y hechos— hacia capas más y más amplias de la población y el gobierno, utilizando el impulso de los propios grupos revolucionarios para la generación del golpe de Estado. En resumen las técnicas consisten:

- 1.— En desprestigiar a las organizaciones revolucionarias existentes acusándolas ante sus simpatizantes de no ser revolucionarias porque no hacen *aquí y ahora* la revolución.
- 2.— En preparar el *aquí y el ahora* de la contra-revolución en los lugares y momentos más propicios mediante:
 - a) agentes informadores;
 - b) agentes de difusión;
 - c) agentes provocadores.

La misión de los primeros es obvia: conocer las redes de organización de las fuerzas revolucionarias y democráticas y de todos los actos que tiendan a incrementarlas.

La misión de los agentes de difusión —prensa, radio, televisión— es: a) destacar en una primera etapa el descontento, la crisis moral, la bondad de las protestas, acentuando la ofensiva contra el llamado “establishment” revolucionario de su inactividad, oportunismo, etcétera, con lo que se logra una ambigüedad de identificación con los grupos revolucionarios más radicales; b) en los inicios de cualquier movimiento obrero y sobre todo estudiantil, ratificar sus críticas a la crisis moral de la sociedad y alentar a

los jóvenes a una lucha moral exaltando a todo héroe caído, a todo mártir y a todo revolucionario que en una forma u otra perdió la lucha o la vida, al mismo tiempo que se ataca vigorosamente a las organizaciones, países y dirigentes revolucionarios vivos y fuertes. Cultivar así la necrofilia de los héroes y sustituir la atención en los aspectos políticos de su lucha por la atención en un heroísmo martiroológico; c) en cosa de días —una vez que se ha desatado el movimiento— cambiar radicalmente, denunciando los alborotos, la subversión y todos los actos de masas alentados por los agentes provocadores. Exigir simultáneamente el empleo de la fuerza pública y criticar a la fuerza pública empleada hasta pedir un régimen más fuerte y la desaparición de las instituciones republicanas.

La misión de los agentes provocadores al servicio de la contrarrevolución y del golpe es:

a) Canalizar el descontento y dirigirlo mediante formulaciones verbalmente más radicales y heroicas, y al efecto incrustarse en los grupos de jóvenes trotskistas y maoístas o chinistas, provocando también una ambigüedad en la conducta e incluso manifestando *dentro* de estos grupos las posiciones más *radicales* y severas.

b) Acusar de debilidad, oportunismo, legalismo, simulación o farsa a las organizaciones revolucionarias, a los grupos progresistas y a todos aquellos que tratan de aumentar la eficacia de las formas legales de lucha, sirviendo así de puente para que la *ilegalidad* sea buscada si-

multáneamente por las masas descontentas y las fuerzas golpistas y fascistas.

c) Acusar a los sectores administrativos y atemorizados del sector público por las medidas represivas que toman y acusar, si es necesario, a las propias fuerzas golpistas que los emplean a fin de ocultar más aún su verdadera filiación. Hacer estas últimas acusaciones sólo si es necesario y cuando es imposible eludirlas; darles en todo caso menos énfasis.

d) Lanzar a las masas descontentas, desorganizadas y penetradas, en condiciones que estén muy lejos de una toma del poder y que sirvan de "prueba" de la inestabilidad y la revolución, tal y como éstas son entendidas por los públicos conservadores: como actos de desorden, anarquía y terror. Lograr así tres objetivos: pescar, o meter a la ratonera a los jóvenes más idealistas, valientes e *ingenuos* para que la policía los fiche o encarcele; hacer creer a los muchachos de buena fe que lo importante no es la toma del poder sino la injuria y la amenaza a los gobernantes, a las clases gobernantes, y a la burguesía, sobre todo a la pequeña burguesía. Al efecto hacer que las masas se conduzcan atentando contra pequeñas propiedades, contra pequeños automóviles, contra servicios colectivos; pero que se enfrenten y luchen como heroísmo y juego, como romanticismo y residuo infantil, en que se juega a injuriar, o se juega a destruir cosas, o incluso se juega a hacer la revolución; o en que se sueña, en el

poder que se toma, con la pura imaginación, con la broma sangrienta y criminal, o la triste ingenuidad de afirmar que “la imaginación ha tomado el poder”, cuando la que está por tomar efectivamente el poder es la contrarrevolución.

La escena, el objetivo y los actores

Las técnicas y agentes operan en regímenes republicanos y populistas y sobre todo en los países pobres y dependientes, aunque —como vimos recientemente— también operan en países altamente desarrollados. El momento de acción se puede identificar con el momento que vive en sus últimas horas el Brasil de Goulart, la Argentina de Frondizi, la República Dominicana de Bosch. Es el mismo momento que viven hoy —aunque los golpistas no han tenido éxito cabal— Uruguay, Chile o México, y en un grado distinto la República Francesa. La escena pues tiene muchas variantes; pero algunas pautas comunes. Limitándonos a los gobiernos republicanos y populistas o semi-populistas se puede destacar una pauta que se repite en sus términos principales:

1o. Los grupos de presión más poderosos de empresarios nacionales y extranjeros a lo largo de un periodo relativamente largo —piénsese en la posguerra— logran medidas político-económicas que les permiten quedarse con una proporción cada vez mayor del producto nacional (mediante un sistema fiscal altamente regresivo).

vo, exenciones de impuestos, subsidios, contratos alzados, congelación de salarios, congelación o caída de precios de productos agrícolas y materias primas, elevación e inflación de precios de los artículos elaborados y los productos de las grandes empresas).

2o. Una parte de este excedente que queda en manos de los grupos empresariales y privados más poderosos es empleado para aumentar su fuerza política e ideológica: en obras privadas de enseñanza, de beneficencia, de difusión científica y tecnológica *ad hoc*. Ocurre así un proceso contrario al de la nacionalización y la socialización, un proceso regresivo de privatización, en que las empresas privadas empiezan a ser más ricas que las públicas o mejoran su situación anterior frente al sector público. Aparece o se desarrolla una especie de Estado privado, de autonomía oligárquica frente a los administradores y políticos populistas, que cada vez manejan una parte menor del producto. El sector público, las escuelas públicas, los servicios sociales gubernamentales disponen cada vez de recursos más escasos y se acentúa cada vez más la escasez y la defectuosa prestación de servicios públicos: dados los recursos del gobierno demasiados niños quieren escuela, demasiados enfermos hospital, demasiados estudiantes universidad, demasiados pueblos electricidad, casas, calles, agua, drenaje y los empleados y asalariados del sector público quie-

ren *demasiados* aumentos de salarios y prestaciones.

El desprestigio de los políticos-administradores es creciente; pero sus ligas con los grupos empresariales o su temor a ellos les impide tomar medida alguna de redistribución del ingreso, no se diga ya de nacionalización o socialización de algunos renglones de la economía. En vez de ejercer justicia optan por una política de caridad. Dicho en términos técnicos: toman medidas micro-económicas, con efectos micro-económicos en materia de redistribución o de servicios. La filosofía de la caridad, del sacrificio que hacen, del sentido del servicio público que tienen es el tema de sus discursos y de la imagen que preparan sobre sí mismos en un afán de demostrar que sirven efectivamente al pueblo. En algunos casos este proceso de racionalización y justificación lleva a hablar sobre todo de las virtudes privadas del hombre público, con un lenguaje teológico-administrativo sobre la lucha que libra contra la Ignorancia, la Pobreza, la Insalubridad. Pero el registro de las fallas gubernamentales por parte de la opinión pública no es fácil de contener; el malestar de las clases medias es manifiesto en formas reiterativas, sucesivas, su escepticismo no cesa con la propaganda ni el arte de las relaciones públicas, sino en momentos y grupos limitados. Los problemas reaparecen en la vida cotidiana, con lo que los publicistas llaman "la propaganda de los

hechos": los hijos no tienen escuela ni porvenir, la inflación y el alto costo de la vida afectan hasta las cuerdas más íntimas de la vida diaria y familiar.

Este descontento lo perciben los grandes empresarios y oligarcas, y lo que es más curioso: lo asumen como propio. Ellos mismos están descontentos, critican a los políticos-administradores por ineficaces o corrompidos, y señalan con gestos de señorío los caminos tecnocráticos y morales, como la solución. En esta escena psicosocial los políticos-administradores se sienten solos y quieren reaccionar —lo cual ha ocurrido matemáticamente—: entonces amenazan con medidas que nunca toman y que llevarían a una redistribución del producto o la riqueza más favorable al sector público, que le permitiría hacer más escuelas, obras, fábricas y contar con un apoyo más amplio de las masas. En ocasiones dan algunos pasos que no afectan de inmediato a las oligarquías pero que les permiten percibir la amenaza: aumento en la participación o los derechos políticos del pueblo, votación de reformas fiscales o agrarias que se quedan en leyes. Estos datos son suficientes para alertar la conciencia de analistas tan avezados como son los grandes empresarios nacionales y extranjeros, cuando de mermar sus ingresos se trata: del lenguaje moralizante y tecnocrático pasan los grupos más significativos y reaccionarios que los integran a exigir que se aplaquen las demandas mediante el uso de la policía y el

ejército —con el expediente del peligro de subversión— y a exigir puestos públicos que ceden los administradores privados, a los actuales o antiguos gerentes de empresas o a los mismos empresarios. Así *la empresa privada* adquiere directamente, algunos puestos de *representación popular*.

3o. En lo sustancial la situación social no cambia: todo lo contrario, los problemas de las grandes masas y las capas medias se acentúan, como es obvio si se piensa que en esta aritmética se resta cada vez más al sector público y a las crecientes masas de campesinos, burócratas y estudiantes, y que de hecho se fortalece el aparato político que les resta ingresos, servicios y prestaciones. Así aparece el siguiente paso, en que frente a un sector privado —exclusivo y excluyente— en proceso de expansión, y un gobierno republicano que oscila entre las presiones oligárquicas y las populares, haciendo a fin de cuentas más concesiones a aquéllas, en una espiral de desprestigio con la oligarquía y las masas, la única fuerza organizada que empieza a resolver los problemas es la policía y el ejército.

La policía y el ejército resuelven los problemas de la educación, de los ferrocarriles, de los médicos, de los campesinos. Pero la solución no es como pretenden los publicistas de la "Acción Cívica" en que presentan a los soldados cargando criaturas, construyendo escuelas o caminos, ayudando a los jóvenes, los campesinos y los

obreros. La policía y el ejército resuelven los problemas públicos ocupando escuelas, hospitales, ferrocarriles, esto es desempeñando la función castrense para la que están hechos en una guerra que es "interna".

La espiral del desprestigio continúa: la oligarquía se da el lujo de criticar a los administradores políticos por su ineptitud para gobernar, por su debilidad, por su corrupción y por el uso de la violencia. Y con razón los sectores medios, las fuerzas progresistas liberales y revolucionarias también enjuician al administrador-político, aunque estas últimas hacen énfasis en la crisis del sistema. El administrador político se siente particularmente frustrado y pretende que el mundo no cambie, que se mantenga la estabilidad y que la oligarquía, el imperialismo y el pueblo disminuyan sus exigencias, sean comprensivos de sus dificultades y carencias: a unos quiere demostrar que es enérgico, y sabe usar de la autoridad —que confunde con la policía y el ejército— a otros que es tolerante y abierto, que hace las concesiones al capital extranjero que está en sus manos hacer, y al pueblo y los grupos progresistas que es el representante del espíritu republicano, del derecho y de un difícil régimen de libertades y defensa patria. Pero ante el verdadero dilema: reformas revolucionarias y uso de las fuerzas represivas escoge de mal grado éstas en dosis cada vez mayores hasta que el ejército re-

suelve prácticamente todos los problemas de gobierno sin tener el gobierno. El problema que se plantea entonces a los militares es universal y sencillo: ¿Por qué no resolver todos esos problemas de gobierno teniendo el gobierno? Las bases públicas del golpe de Estado —legal o ilegal— están dadas: los golpistas cuentan con las oligarquías, con el imperialismo y hasta con el descontento popular que en buena medida participa de ideologías fascistas y autoritarias. Los administradores políticos caen en medio de débiles protestas, tanto más débiles cuanto mayor es su desprestigio entre el pueblo y las clases medias y mayores los recursos del ejército que por lo demás, a lo largo del proceso van incrementándose. Las posibilidades de que el fenómeno no ocurra en las circunstancias anteriores, en general son precarias: se necesita que exista un Cárdenas para que aproveche todo el impulso popular e inicie un proceso redistributivo del ingreso y la riqueza. Pero esto no es frecuente, se necesita ser un jefe de Estado con gran imaginación y gran decisión para alentar a las fuerzas democráticas y populares en una estrategia de hechos.

El contexto histórico y la responsabilidad política

El proceso ocurre dentro de un contexto internacional de crisis sobre la que hay una ciencia contra-revolucionaria también internacio-

nal. En lo económico la crisis se manifiesta con un desequilibrio acentuado de la balanza de pagos que disminuye el producto monetario nacional y los ingresos del Estado, derivando en un incremento de los préstamos extranjeros (BID, Fondo Monetario, EXIMBANK, etcétera) que hace más dependientes las decisiones de los administradores-políticos respecto de la política diseñada por los grandes monopolios y su departamento de Estado, y sus técnicos y politicólogos, la cual esencialmente supone las siguientes medidas:

1o. Garantías a las inversiones extranjeras, con efectos adversos a plazo medio y largo para la inversión nacional. 2o. Disminución de la inversión pública frente a la privada, que en forma creciente es la de los monopolios extranjeros. 3o. Disminución de la inversión pública productiva frente al gasto público en infraestructura y en obras que constituyen un incentivo y generan una demanda para la inversión privada, sin hacerle competencia. 4o. Disminución de la fuerza del partido en el gobierno, ya sea del sistema uni-partidista o de partido predominante hacia un modelo pluripartidista o de pseudo-democracia clásica que debilita al estado populista. 5o. Exigencia del empleo de la fuerza pública para mantener la estabilidad en el campo, las universidades y las fábricas.

El proceso de desequilibrio de la balanza de pagos continúa: el país encuentra restricciones a la exportación de sus artículos, restricciones

al turismo que viene del extranjero, restricciones a la salida de trabajadores al extranjero y lo que es el síntoma clave: restricciones a los créditos del extranjero, disminución de créditos y aumento de tasas de interés. En estas condiciones la dificultad de mantener el ritmo de desarrollo se acentúa: y con ella el problema del desempleo que está coincidiendo en forma que no tuvo precedente en la crisis del 29 con la inflación, con el aumento de precios, y que hoy presenta también una novedad en tanto es desempleo no sólo de obreros sino de masas de técnicos, de masas de universitarios y de masas coloniales. El cierre de las universidades en América Latina, la represión de los estudiantes y los profesores, es el equivalente al cierre de las fábricas en crisis anteriores. La reacción de los universitarios se parece a la de los obreros del siglo XIX. La de los pueblos coloniales y la de los negros también se parece. Pero son distintas: De un lado los estudiantes o los negros no constituyen una clase, ni tienen la peligrosidad objetiva de ésta, y su propia política de "poderes" —"poder estudiantil", "poder negro"— constituyen formas de lucha mucho más elementales que las de un partido o grupo militante estrechamente ligado a los movimientos obreros y campesinos. De otro lado la contrarrevolución ha aprendido mucho en materia de revoluciones y ha decidido —como vimos— hacer ella las "revoluciones", organizar la agitación revolucionaria para decapitarla. De 1960

a la fecha los Estados Unidos, con todas sus agencias e "inteligencias" han producido una enorme literatura sobre la técnica de controlar y dirigir la agitación revolucionaria y la han empleado, empujando a las propias fuerzas revolucionarias a preparar los golpes de Estado y la contra-revolución mediante el uso de agentes, que acaban con las organizaciones revolucionarias *in ovo*, que impulsan a todo joven revolucionario al sacrificio, acusándolo de oportunista si no se sacrifica y no sacrifica el movimiento y las organizaciones revolucionarias. De acuerdo con estos descubrimientos "científicos", para la contra-revolución es más peligroso un partido comunista pacífico y "oportunista" o un partido o grupo progresista, que un movimiento estudiantil incendiario o terrorista —pero sin organización y sin pueblo— o una guerrilla sin agua —sin pueblo— aislada en la montaña. La técnica está muy avanzada y utiliza las diferencias tácticas y estratégicas de los grupos revolucionarios con un virtuosismo de que éstos están poco conscientes, de tan ocupados que se encuentran en detractarse e injuriarse mutuamente.

Es así como la aritmética contra-revolucionaria funciona hasta hoy con una gran perfección salvo en un punto importante: la crisis económica se sigue acentuando y los grandes descubrimientos anti-cíclicos de haber aumentado las inversiones de guerra, la intervención y el saqueo de los países pobres, hasta un punto que

no tiene precedente en la historia del hombre, se encuentran con que en la propia casa hay síntomas de subversión, en las propias universidades, entre los propios ciudadanos blancos y negros. La técnica contra-insurgente ya se está aplicando en la casa y en el corazón contra-revolucionario —en Washington, Nueva York, Chicago— y la técnica anti-cíclica se sigue desgastando. Cerrar los ojos ante estos hechos pensando que la crisis se debe a un exceso de población, a que hay demasiados niños, o a excesos de la juventud o a maniobras de individuos perversos que quieren subvertir un orden maravilloso, es algo que ya no creen ni católicos ni budistas, ni curas ni clases medias. Es un acto fundamentalmente deshonesto e inhumano. Pero abrir los ojos no consiste en hacer la revolución aquí y ahora, precisamente cuando quiere y donde quiere la oligarquía hacer la contrarrevolución y dar un paso más en su política represiva.

Abrir los ojos en algunos países como el nuestro consiste en darse cuenta que en los próximos años la alternativa para México no es, la Revolución o Dictadura, sino reformas revolucionarias o terror generalizado. Y en ello está la responsabilidad política —no sólo de los jóvenes revolucionarios— sino de los adultos revolucionarios y progresistas, hállese fuera o dentro del gobierno. Cerrar los ojos, no arriesgarse, en el uso responsable del poder y en el ejercicio de una acción política para acabar con las raí-

ces del golpismo es posponer un peligro menor —personalizado— por uno más general y realmente grave. Equivale a renunciar al ejercicio de fuerzas legales que existen en el Estado mexicano, a ignorar la existencia de fuerzas políticas anti-golpistas considerables y decididas a luchar en cualquier forma antes de dejar tranquilamente a los golpistas el que instauren en México un gobierno dictatorial en que el terror se siembre en todas las clases y familias, mientras los grandes monopolios extranjeros aumentan sus negocios de saqueo, como lo están haciendo en Brasil o Argentina.

En medio pues de la adversidad mundial y las presiones externas e internas, todos tenemos una responsabilidad enorme que no es necesario exagerar ni ocultar, y una oportunidad de ejercer nuestro valor cívico a tiempo, y nuestra acción cívica decidida y concreta para lograr una verdadera redistribución de la riqueza y el ingreso y una política internacional de paz y neutralidad, que sienten las bases necesarias para impedir una contra-revolución sangrienta. El problema es tan claro como que dos y dos son cuatro.

Hay quienes se preguntan sin no vivimos un proceso larvado de grave deterioro de nuestras instituciones, un proceso "golpista" más o menos oculto. En todo caso angustia extraordinariamente a la opinión pública el que, cada vez con mayor frecuencia, se recurra a la "solución"

de los problemas por la fuerza, con la intervención del ejército.

Esta práctica reiterada habría originado, según sostienen algunos, que ciertos círculos de las fuerzas armadas se consideraran imprescindibles para imponer el orden (¡el de las bayonetas!), alegando la ineficacia de las tradicionales soluciones cívicas y políticas. La pregunta que se formulan es la siguiente: ¿Hoy, son las autoridades civiles las que llaman al ejército, o es éste quien impone su presencia a esas autoridades?

Si a esto sumamos el hecho de que grupos muy concretos de interés de la iniciativa privada: ciertos círculos del capital financiero e industrial, han manifestado en los últimos tiempos su voluntad de intervenir políticamente de manera directa, el rompecabezas comienza a tomar forma. ¿Estos grupos piensan en la salida "golpista"? ¿Simplemente aprovechan las circunstancias para ejercer presiones? En todo caso, la lógica de "orden" militar y la lógica del capital coinciden en un punto preciso: la necesidad del rigor y la disciplina en la vida social, la conveniencia de eliminar los centros de oposición democrática y todas aquellas fuerzas y tendencias "disfuncionales" para el nuevo sistema diseñado. De aquí la tesis del "complot subversivo" que supuestamente habría estado en el origen de los últimos acontecimientos, y los golpes asestados a partidos, grupos y personas de izquierda.

Naturalmente, pieza clave de este marco es la acción coincidente de las agencias imperialistas cuyo dinamismo "golpista" es proverbial y bien certificado por éxitos recientes (para sólo mencionar unos cuantos: Brasil, Indonesia, Ghana, Grecia). Su intervención provocadora se manifiesta, al menos, en las denuncias y "cacerías de brujas" que han propuesto conocidos voceros interiores de esas agencias, y en la publicación de documentos apócrifos atribuidos a partidos de izquierda en México.

No es el propósito de esta nota, ni desde lejos, examinar el conjunto de fuerzas que, desde los más diversos ángulos, participan en un proceso tan complejo como el señalado, que implicaría como algunos han dicho, la "latino-americanización" del país. Nuestro propósito es otro.

En primer término subrayar que en estos días, a pesar de la fuerza y empuje de la reacción, se ha manifestado también, no con menor fuerza, la reserva de energías democráticas que son capaces de movilizarse contra tales desig-nios. Reservas de una magnitud y de una calidad que tal vez no esperaban los propiciadores de soluciones fuertes, y grupos y clases, sino de distintos estratos de la jerarquía social e incluso oficial. Y podemos decir, sin lugar a dudas, que esas reservas, apenas afloradas hoy en ciertos grupos urbanos, son mucho más amplias e impresionantes a nivel nacional, sobre todo si

pensamos en los campesinos y obreros de toda la República.

En México, se ha venido hablando, con buena dosis de verdad de la despolitización de las mayorías. Los medios de comunicación masiva, los valores de la sociedad de consumo, el encuadramiento sindical que conocemos, la falta de un auténtico juego de partidos políticos y la no existencia de un partido popular de masas, serían algunas de las causas del fenómeno.

Sin embargo, queda demostrado que, pese a la erosión en la conciencia política de amplios sectores que han traído consigo tales hechos negativos hay un punto límite en el cual se olvida la apatía y se perfila la actividad y la militancia, iniciándose un proceso acelerado de educación, organización y toma de conciencia.

Esto ha sido particularmente notable en los medios universitarios y de enseñanza superior, uno de cuyos puntos culminantes se sitúa en la imponente manifestación del pasado primero de agosto. Hay varias enseñanzas que se derivan de este acto: la participación masiva de estudiantes, profesores y autoridades, la mayoría de los cuales por múltiples razones, no intervienen normalmente en acciones políticas, definidas; la capacidad organizativa de un gran conglomerado, que puede mantener el orden y la cohesión para un fin determinado; el efecto sobre la opinión pública de una manifestación como la mencionada, capaz de contrarrestar en buena medida las campañas interesadas y mentirosas de

los medios de información; y, por fin, las posibilidades de militancia y energía cuando se ponen en grave peligro derechos de la comunidad, precisamente cuando la violencia y la represión sustituyen cualquier otra forma de resolver los problemas.

Frente al "ensayo general" para lograr sus propósitos, la derecha encontró otro "ensayo general" de enérgica respuesta democrática para frenar sus designios. Y pueden estar seguros que si van más lejos de su intento, encontrarán respuesta amplificadas, en decisión y energía, por parte de sectores definitivamente mayoritarios del pueblo mexicano.

La lógica "golpista" es, por definición, una lógica antihistórica, que maneja "variables" y fuerzas cristalizadas en un momento, y que pueden conferirle la ilusión de una superioridad mecánica y cuantitativa, en un instante del tiempo. En cambio, la lógica de los procesos democráticos y revolucionarios es, por esencia, histórica, en el doble sentido de que es capaz de movilizar a sectores y clases que parecen marginados, y de dar expresión política a tradiciones adormecidas pero no muertas, y de modificar por eso mismo la situación, en el aspecto cualitativo. Para decirlo con una imagen: es la superioridad del profesor de historia Giap sobre las computadoras del Pentágono.

Lo anterior implica ciertamente que hoy, como primer punto de la "orden del día" en el país, está el de la movilización y vigilancia en

función de reivindicaciones democráticas, para el mantenimiento y defensa de las garantías individuales y sociales que consagra la Constitución, contra la represión y la violación del orden jurídico y, más generalmente, contra los intentos de un "golpe" abierto o embozado. Me atrevería a decir aun que hay síntomas nacionales de que, por un periodo difícil de determinar, esa lucha democrática general será prioritaria respecto a otras más específicas. O, en todo caso, que éstas, por ejemplo las concretamente revolucionarias y socialistas, "pasan" necesariamente por la batalla democrática general.

La movilización en nombre de reivindicaciones democráticas tiene la virtud, como ya se ha visto, de sumar fuerzas y propiciar una conciencia amplificada de los problemas, aglutinando a sectores, organismos y personalidades del más diverso origen y *status*, sin excluir a quienes ocupan posiciones en el aparato oficial, a todos los niveles, y núcleos tal vez importantes del propio ejército opuestos a una "solución" que tienda a eliminar el marco de las instituciones jurídico-formales del país. En definitiva, no debe olvidarse que el ejército mexicano ha tenido, por sus raíces sociales, un origen popular más que castrense, y que difícilmente puede ser considerado un monopolio, al menos por las convicciones políticas que puedan tener sus integrantes.

Es preciso que los sectores de izquierda no

pierdan de vista las consideraciones anteriores, y que actúen en consecuencia. Lo decisivo en la actualidad es un frente común: mantener una amplia unidad de las fuerzas democráticas. Sumar, no dividir. Decíamos antes que inclusive el planteamiento de reivindicaciones más profundas, "pasa" necesariamente, en la hora actual, por la defensa de la legalidad. Sin ésta, no hay posibilidad alguna de transformaciones o reformas en un sentido democrático-popular. En cambio, la ruptura de un frente como el señalado entraña un doble peligro inminente: facilitar los objetivos de la reacción, por una parte y confinar al aislamiento y a la ineficacia a quienes pretenden, en abstracto, plantear en lo inmediato reivindicaciones que trasciendan un programa mínimo democrático. Estos se verían condenados a un revolucionarismo puramente verbal.

No deja de ser significativo que el problema haya hecho crisis precisamente en las universidades y centros de enseñanza superior. Desde hace tiempo la reacción interior y exterior está interesada prioritariamente en ahogar esos centros de pensamiento libre, de teoría y práctica democrática. Esos núcleos en los que, al menos potencialmente, se garantizan las posibilidades de un desarrollo nacional e independiente. Y tratándose de la Universidad, es significativo que la ofensiva se haya dado contra la autonomía.

Así, la defensa de la autonomía no es algo

que atañe exclusivamente a la comunidad universitaria. Esta es, por supuesto, la inmediatamente vulnerada y la más sensible al problema. Lo que debe comprenderse, sin embargo, es que la preservación de la autonomía de las universidades está ligada con el abanico de las libertades individuales y sociales de pueblo mexicano, que es necesario salvaguardar a toda costa. En su defensa estaría interesada no sólo la comunidad de los directamente afectados, sino en rigor todo el pueblo. Tal cosa ha sido formulada con lucidez por diversos grupos, y tienen plena razón. Y es justamente lo que han pretendido desvirtuar sus enemigos, tergiversando dolosamente los términos y hablando de una "extraterritorialidad" o "marginalismo" respecto a la ley, que nadie ha sostenido.

Hemos hablado de las reservas democráticas del pueblo de México. Su organización militante y responsable parece ser hoy más urgente que nunca. De ello depende en buena medida que la ofensiva contrarrevolucionaria no alcance sus objetivos. Esta es en la actualidad, la tarea de más alta significación en que podemos empeñarnos. Muchos otros motivos de división deberían quedar subordinados a esta necesidad insoslayable de la unidad democrática de muchos millones de mexicanos para oponerla a los intentos de la contrarrevolución.

TÍTULOS DE LA SERIE
CONTROVERSIA

1. Valentín Campa, *El partido comunista y el movimiento obrero mexicano*
2. Eduardo González R., *La semana de 40 horas y el comportamiento de la economía mexicana*
3. Gastón García Cantú, *La hora de los halcones*
4. Enrique Semo, *La crisis del capitalismo y la situación de México*
5. Lucio Colletti, *Violencia, Estado y socialismo*
6. Heberto Castillo, *Premonición del cambio. (Violencia antiuniversitaria)*
7. Adam Schaff, *La teoría de la enajenación de Marx versus la ingeniería social*
8. Pablo González Casanova, *Aritmética contrarrevolucionaria*

Se terminó de imprimir el día
10 de julio de 1976, en la Im-
prenta de Juan Pablos, S. A., Me-
xicali 39, México 11, D. F. Tira-
da: 2000 ejemplares.



1. Valentín Campa, *El partido comunista y el movimiento obrero mexicano.*
2. Eduardo González, *La semana de 40 horas y el comportamiento de la economía mexicana.*
3. Gastón García Cantú, *La hora de los halcones.*
4. Enrique Semo, *La crisis del capitalismo y la situación de México.*
5. Lucio Colleti, *Violencia, Estado y socialismo.*
6. Heberto Castillo, *Violencia antiuniversitaria. Premonición del cambio.*
7. Adam Schaff, *La teoría de la enajenación de Marx versus la ingeniería social.*
8. Pablo González Casanova, *Aritmética contrarrevolucionaria.*

Rector

Ing. Luis Rivera Terrazas.

Secretario General

Lic. Vicente Villegas Guzmán.

Secretario de Rectoría

Lic. Jorge Medina Viedas.

*Director del Departamento
de Publicaciones*

Lorenzo Terán Olguín.